

DE LONDRES A PARÍS. DE LOS DOCKLANDS AL BUREAU POUR FEMME. UN VIAJE INTERIOR

La historia de Pilar Cossío es un todo continuo lleno de tensión, un vivir poéticamente en busca de la libertad, entre la realidad y el deseo, entre la vigilia y el sueño, hilvanando una crónica de imágenes, invocaciones. Una historia artística y poética, desde el primordial dibujo y la pintura, hacia el collage y el fotomontaje, y también hacia la instalación, el objeto, los ready-made.. Una historia que se fraguó ya en su infancia, mirando al horizonte infinito del mar; una historia universalista y cosmopolita, que ha provocado una internacionalización de su lenguaje, de su arte, que dice Edoardo di Mauro; un viaje vital lleno de idas y retornos.

No hay imagen más elocuente que esa de Pilar en la estación Porta Nuova de Turín, de espaldas al objetivo, a nosotros mismos, mirando a no se sabe qué parte del espacio cerrado, pero sí a algo que siente luminoso, susceptible de ser abierto, sí a algo que presiente liberador, esa consciencia que siempre la ha acompañado de que la vida es un viaje cuyo destino es el conocimiento, una aventura interior en permanente estado de alerta en pos del secreto que esconde este, como si no bastara solo con alcanzarlo y asirlo con nuestras manos, cual cofre cerrado, hermético, sino aprehenderlo y, abriéndolo, escudriñar bien en su interior para saturarnos de su sustancia infinita de libertad y liberación.

LONDRES

La artista siempre ha hablado de lugares sin límites, estancias de duración, de aprendizaje y de encuentro consigo misma, y por otro lado, de otras encrucijadas más neutrales, que solamente le aportan la perspectiva necesaria para entender mejor a aquellos o como meros sitios donde poner en práctica lo fabricado en aquellos "laboratorios de conocimiento". En el primer sentido, un punto de inflexión en la vida y la obra de Pilar Cossío, en su camino hacia la plenitud del arte, afortunada plenitud en la que ya se encuentra en el presente, fue la concesión en el año 1988 de la beca para residir y trabajar en Londres durante los dos años siguientes: una beca proporcionada por The Delfina Studios Trust, y que constituyó para la artista una residencia permanente en la capital británica que marcó su vida de modo definitivo, pues le supuso una directa confrontación con el arte internacional fuera de las fronteras más academicistas y ciertamente reguladas, del arte italiano de siempre. Londres fue, pues, una posterior estancia importantísima para Pilar tras su inicial, prolongado e intenso paso por Italia, ya que según mi punto de vista libera a su obra, purificándola, en una doble dirección: por un lado, aleja la pintura del dibujo, mostrándose a partir de ese momento mucho más suelta, en la que forma y contenido, figura y fondo, se hacen un todo continuo, al tiempo que, por su lado, el dibujo cobra una entidad propia, una independencia, mucho más resueltas y potenciando así una actividad que hasta entonces la artista ponía en práctica de una forma más íntima y reservada: el collage. Y lo que también es importantísimo en la evolución de su trabajo, fue el abandonar toda una temática recurrente e historicista, en favor de una reflexión pictórica sobre el entorno más inmediato, dando paso a unos temas de tipo industrial que se basaban en los muelles portuarios, docks, del río Támesis. Es lo que Edoardo di Mauro denomina como "poseionarse del espíritu de esos lugares por los que la artista atraviesa con curiosidad nada superficial". Este posicionamiento afín al paisaje industrial y portuario londinense, docklands, y de referencias urbanas, se vio traducido en una serie de exposiciones que llevó a cabo primero en la propia Fundación Delfina Studios, en Londres, y después en el Palacete Embarcadero, de Santander, en Florencia, Turín, Trieste y Madrid, entre los años 1988 y 1991.

TURIN

Turín es una ciudad muy especial, mas que aquel Nápoles, si cabe, que ya conociera años antes, ciudad en la que todo es más evidente, y en donde los efectos, efluvios, del soterrado magma , tórpido, que discurre desde dentro del gran volcan se manifiestan en la algarabía de una ciudad cosmopolita.

En Turín recalca Pilar en los años noventa, después de su estancia londinense. Allí Pilar comparte estudio no lejos de la omnipresente Mole Antonelliana, reafirmandose, por un lado, en la pintura y tomando seguridad, por otro, en la técnica del collage, este cada vez mas inspirado y cada vez también más significativo. Edoardo di Mauro, el ya citado crítico turinés da buen testimonio, habla de “una impostación espacial que revela el conocimiento de la Gran Pintura del 900 (sic) sobre todo en lo referente al trazo veloz y sintético, a la compenetración de planos clasica de la tradición Futurista”. Así, de esta manera, los paisajes portuarios de Londres, los docks y las tolvas, se iran viendo sustituidos paulatinamente por otros paisajes a n más urbanos, cuales son las vñas ciudadanas, estaciones y caminos ferroviarios, diversos iconos arquitectónicos de la gran ciudad, etc., todos plasmados con esa “compenetración de planos” , de que habla di Mauro. Carlo Carrá y Gino Severini, entre otros, subyacen en el dinamismo del trazo y en las líneas compositivas, así como también sigue perviviendo la fragmentación tematica por planos, que ya nunca abandonar, propia de la postvanguardia, pero procedente, de lejos, del propio cubismo. Turín fue lo que Pilar denomina como un encuentro, que aquí voy llamando estancia; un lugar “laboratorio” donde seguir aprendiendo en el camino de la libertad, donde acumular experiencia poética. A Ivana Mulatero le confiesa que Turín es “la síntesis y en ella yo fui quien realmente era... A Turín me unen sus contradicciones y su esencia rigurosa y mágica”. Pero, sobre todo, pienso que es en Turín donde Pilar comienza el verdadero recorrido simbólico de su obra, al menos el mejor, donde seducida por la magia poética de la propia experiencia acumulada, al hacer introspección, la artista deja fluir y aparecer sus primeros magníficos collages, llegando a agotar, por otro lado, definitivamente las invenciones pictóricas, cuya máxima expresión la constituirían los tondos que expuso en aquellos años centrales de los noventa. Su mirada, nuestra mirada, girara a partir de entonces ciento ochenta grados hacia una manifestación visual que si bien no le era desconocida, no había querido explorar aún con decisión y en profundidad. Una manifestación visual cargada de una potencialidad poética maravillosa, en la que conjugan sus fuerzas vivas el fotomontaje, el dibujo, la pintura y posteriormente el ready-made, con una gran capacidad de juego . Pese a su autonomía y valor intrínseco como pintura, es quizá en estos últimos años cuando la artista ha adquirido, con el collage, el fotomontaje , los ready-made, y la instalación, su plena efusión poética, esa ansiada libertad de quien ha alcanzado el conocimiento pleno de las cosas y de la vida, esa plenitud que no es el saber, sino lo que está tras el saber, al decir de la artista.

La cualidad de nómada de Pilar Cossío, de la que tanto se ha hablado , nos habla del viaje exterior de la artista, de las estancias y encrucijadas que ha ido viviendo durante años y de las que podemos sacar conclusiones más o menos verdaderas sobre su evolución, pero casi siempre superficiales, y desde luego, nunca completas, pues existe otro viaje interior paralelo mucho más difícil de conocer. El viaje interior de Pilar Cossío, que aun no ha culminado, pero que se encuentra en sus estancias más altas de madurez, se ha ido vislumbrando en estos últimos años gracias al automatismo, que caracteriza su obra de collage.

Automatismo que procediendo en un principio del azar, sin embargo no lo persigue, sino que siendo hijo directo de la intuición se fundamenta asimismo en el conocimiento adquirido a lo largo del tiempo, ese poso que llamamos experiencia, que se manifiesta como síntesis simbólica. Es el viaje del corazón y del sentimiento; el viaje del pensamiento y de la razón; el viaje del éxtasis, del deseo y del amor, la plenitud máxima, la unidad. Es el tránsito entre dos realidades, entre la vigilia y el sueño, en los que se da la ausencia del cuerpo, y también el estado puro de la melancolía. Otro tanto podríamos decir del concepto de trashumancia referido a Pilar, ese trasiego temporal y fijo entre ciudades ya vividas. En cualquier caso, nómada y trashumante, la artista ha ido adentrándose con el paso de los años en su propio espíritu. Sus collages reúnen y yuxtaponen imágenes de muy diversa procedencia, de variada técnica y diversa realización, combinando todo tipo de iconos, no precisamente cogidos al azar, pues la artista, pese al automatismo que caracteriza al collage surrealista, no se permite tal libertad, en pos de una lógica interna fuertemente simbólica, afectiva. En este sentido, la artista misma nos dice que “la obra es un medio, nunca un fin. El fin es el conocimiento: propiciar, posibilitar que la mirada del otro realice su propio viaje interior, despierte al sueño, incluso facilitar una transformación”. Sus collages son, pues, un reflejo nada azaroso, por muy automáticos y surrealistas que sean o parezcan, de su deambular, del bagaje de su memoria, de lo diacrónico y lo sincrónico que hay en su vida, lo móvil y lo simultáneo, de los caminos, estancias y encrucijadas, todo los cuales confluyen hacia y en su interior en un nuevo viaje que la sola serenidad y sosiego de una nueva estancia es capaz de desentrañar y sintetizar poéticamente: París.

Si Santander, el mar y las montañas, supuso las raíces, donde “fabricó su primer rudimentario manual de vuelo”. Si Florencia fue el inicio del viaje artístico, el aprendizaje, el manual más elaborado de vuelo. Si Italia entera es la puesta en práctica y confrontación del aprendizaje. Si Londres representó la limpieza, la purificación de los conocimientos y la internacionalización de la imagen. Si Turín fue la síntesis... París deviene, por lo pronto, en ser el periodo más fructífero de su vida, donde definitivamente le es posible ser libre. Pienso que una vez que Pilar descubrió su “escondite” parisino, es cuando ha podido revelar su yo profundo, en una suerte de autorrevelación.

París. Pareciera como si Pilar fuese amiga de las fechas simbólicas o de los grandes eventos, a juzgar por el año en que se traslada a vivir a París: el último del Siglo XX, el 2000. Ya sé que no es así, y bien me parece, pero supone una fecha redonda, a partir de la cual empezar a contar un nuevo período de su vida, una época ya larga de ocho años que nos lleva al final, siempre provisional, por supuesto, de nuestro relato.

Paris representa la estancia más dilatada y definitiva de la artista. Una ciudad que ha convertido en su bureau pour femme, desde el que experimentar poéticamente con todo su gran equipaje de la memoria; desde donde seguir inventando y rehaciendo las metáforas que emanan lúcidas de su interior. Existen, pues, en y desde París una serie de invariantes metonímicas en sus obras y todas ellas hablan con insistencia de sus fascinaciones, cual constantes que definen muy exactamente la originalidad de su arte: la memoria, el éxtasis, la contemplación, el paso del tiempo, los paisajes, las ciudades, zapatos, rinocerontes (símbolo de trashumancia), el Punto Vacío, esculturas, edificios... la melancolía, y también la serenidad, la comprensión de la vida, el saber y lo que le trasciende, lo que está tras él y se encuentra ya guardado en esa ampolla que solo le pertenece a ella, irrompible y sagrada.

París significa para mí las metáforas de Partenza, ese par de zapatos sobre una base de metacrilato, del cual ha hecho más de una versión, escultura instalación de una constante bidimensional; o la magnífica instalación titulada Pavana, a la que Daniel Soutif dedicó magníficas palabras con motivo de la exposición La Sal, de Santander y Turín; o la muy impresionante instalación titulada Luogo, repetición multiplicada y mural de la cabeza de Santa Teresa, en el éxtasis que le dedicó Bernini en Roma, y que me llevan al Fenomeno del éxtasis, de Salvador Dalí, sus palabras e imágenes en la revista Minotaure, y a los collages surrealistas en general; como también París me trae a la memoria La Ciudad de las Damas, de Cristina de Pizan, relacionándolo con su Bureau por femme, ese escritorio desde donde las damas escribían, Bureau pour femme se titula también en la novedosa instalación que presenta en esta exposición de Santillana del Mar. Realizada en tres partes, cual tríptico objetual, transmite tal fuerza simbólica a través de la luz que nos imanta y subyuga en su envolvente poder metonímico. Los cuerpos laterales del tríptico aluden a la femineidad y al tránsito y la sola luz intensa y azul del cuerpo central al poder del conocimiento, luz espléndida y refulgente que todo lo ilumina.

París, en fin, no es término de viaje, pero sí es estancia, desde donde todo es más puro y original, de nuevo.

Fernando Zamanillo Peral
Santander, febrero de 2008